

el dolor de asistir á la muerte de esta Santa, para cumplir el deseo que ésta tenía de verle ántes de salir de este mundo, y de recibir de él los últimos auxilios de la religión.

Para referir lo que sucedió en esta visita, expondremos las mismas palabras del Santo, que son muy, expresivas: « Despues de un largo viaje, y no quedándome ya más que una jornada, me quedé dormido, y tuve una visión en que se me anunciaba lo que iba á ocurrir. Me pareció, pues, que llevaba en mis manos reliquias de mártires, las cuales arrojaban un resplandor tan grande, que mis ojos no podían soportar. Por tres veces tuve esta visión, sin que yo pudiese comprender lo que significaba. Tuve pena, y me resigné á esperar los sucesos. »

Cuando me acercaba al retiro en que mi hermana hacía una vida celestial, en contré á un criado, y le pregunté si estaba mi hermano, respondiéndome que hacía cuatro dias que había marchado, y que mi hermana estaba enferma. Esto me obligó á apresurar el paso, y llenó mi corazón de tristeza. Mis hermanos, es decir, los monjes, que sabían mi llegada, salieron á recibirme, pues tenían costumbre de honrar de esta manera á sus amigos. Por otra parte la comunidad de religiosas se hallaba reunida en la iglesia, en donde esperaban mi llegada con gran modestia. »

« Cuando llegué, hice las oraciones acostumbradas, y les dí la bendición, que recibieron con humildad profunda, y despues se retiraron en silencio, para dedicarse á sus respectivos oficios. Mi hermana, que era la superiora, no estaba entre ellas; pero me abrieron la puerta que conducía á su celda. La encontré acostada, no en un lecho ni en un jergón, sino en tierra, sobre una tabla cubierta de cilicio, y en lugar de almohada, tenía otra tabla cortada de manera que pudiera sostenerle la cabeza. Estaba muy enferma, y no pudiendo salir á mi encuentro á causa de la extrema debilidad y de la fiebre que la devoraba, se incor-

poró en cuanto le fué posible, para recibirme con honor. Corrí á ella, y la supliqué que no hiciese esfuerzo alguno. Entónces levantó sus manos y sus ojos al cielo, diciendo: Gracias os doy, Señor y Dios mio, por haber accedido á mis deseos, inspirando á vuestro siervo que venga á visitar á vuestra sierva. »

Procuraba ocultar la dificultad de su respiración, para no afligirme, y poner un rostro alegre, hablándome de cosas que me agradaban, pero la conversación nos llevó á hablar de nuestro Basilio, y no pude disimular mi dolor; pero ella, léjos de imitarme, encontró motivo para expresar sus sentimientos de la más alta piedad, y animada del espíritu de Dios, me habló de la sabiduría divina en todo cuanto acontece en la tierra, y en las aflixiones que nos envía, con tal elevación de conceptos, que mi alma se sintió como trasportada á sentimientos superiores á los de la naturaleza. »

« No podía ménos de admirar como, en el ardor de la fiebre que la consumía y anunciaba su último fin con el copioso y frio sudor que la producía, conservaba toda la libertad de su espíritu, cual otro Job lleno de úlceras, y con que facilidad y sublimidad de expresión hablaba del estado del alma, de la vida que pasamos sobre la tierra, del fin para que hemos sido criados, de la inmortalidad que un dia revestirá el cuerpo, y de la necesidad de dejar de vivir en este mundo para entrar en otra vida enteramente nueva. Las palabras salían de su boca cual el agua de cristalina fuente, y si no hubiese temido fatigarla, la hubiera rogado que explicase todos los demás puntos de nuestra religión. »

« Cuando hubo concluido de hablar de estas materias, me dijo: Debes estar muy fatigado, hermano mio, del largo camino que has hecho, y es preciso que tomes algún descanso. Tendré mucha satisfacción en que lo hagas. La

obedeci, y me encaminé á un huertecito inmediato, en donde me senté á la sombra de algunos árboles. Nada, sin embargo, podía satisfacerme, pues tenía mi corazón desgarrado por la pena de la pérdida que había sufrido, y por el temor de la que me esperaba. La visión de las reliquias de los mártires no me parecía ya un enigma, y de ella hablé á algunas personas que estaban presentes. »

« La Santa que penetraba mis pensamientos, me envió á decir que no me afligiese, porque ella esperaba que había de resultar mucho bién de su mal; pero por estas palabras no entendía otra cosa sino que el fin, por el cual suspiraba su alma para gozar de Dios, estaba muy próximo. Al oír esta noticia, nos levantamos todos para ir á su lado, y cuando nos vió, no queriendo perder el tiempo en discursos inútiles, comenzó á referirnos todos los hechos de su vida, con tanta precisión y exactitud, cual si tuviese un libro ante su vista, detallando todos los beneficios que Dios había dispensado á nuestros padres y hermanos, para tributarle la debida acción de gracias. »

« Quise hablarle de lo que había sufrido cuando me desterró el emperador Valente, y de los demás trabajos que me proporcionaron los males que la Iglesia sufría; pero me respondió: ¿ No dejarás de dar gracias á Dios? Teme caer en la ingratitud, olvidando los beneficios que has recibido de su mano misericordiosa: pues si nuestro padre se hizo célebre por las acciones públicas que le merecieron el aprecio de sus conciudadanos, su reputación no pasó de la provincia del Ponto; mientras que la tuya se ha extendido mucho más lejos: pues las iglesias te llaman en su ayuda, y se dirigen á tí para el restablecimiento de la disciplina. Reconoce en todo esto el favor que has recibido de Dios, y el efecto de las oraciones de nuestros padres. »

« Al oír la expresarse de esta manera, hubiera yo deseado que aquel día no se hubiese acabado nunca. Pero llámán-

dome á vísperas el cántico de las vírgenes, me dijo que me trasladase á la iglesia; mientras ella oraba. De este modo pasó la noche, y cuando empezó á clarear el día, me fué fácil conocer que era el último de su vida, pues la fiebre había consumido enteramente sus fuerzas. Mi alma se hallaba entonces agitada por dos sentimientos diferentes: uno de dolor, porque me era imposible resistir á la naturaleza, oyendo las últimas palabras de una persona tan querida, y otro de admiración viendo con que tranquilidad y confianza esperaba la muerte, ó mas bién, con que deseos suspiraba por verse libre de los lazos de la carne para ir á gozar de la presencia del Esposo celestial, á quien había amado con todo su corazón. »

« Próximo estaba á ocultarse el sol, sin que todavía hubiese perdido el vigor de su espíritu. Cesó de hablarnos y teniendo las manos unidas y los ojos dirigidos al cielo, conversaba con su celestial Esposo, pero con una voz tan baja, que apenas se le entendía. Oíamosle, sin embargo, decir: Me librais, Señor, del temor de la muerte: haceis que el fin de esta vida sea el principio de otra más excelente: nos dejais dormir un poco de tiempo, para despertarnos al son de la trompeta al fin de los siglos. Confiais á la tierra, como un depósito, la tierra de nuestro cuerpo que formasteis con vuestras manos, y lo secareis de ella para revestirlo de tierra inmortal. Nos habeis librado de la maldición del pecado, y habeis querido cargar con ella por amor nuestro: habeis quebrantado la cabeza de la serpiente que, inspirando al hombre la desobediencia, le hizo esclavo: habeis roto las puertas del infierno, y abierto el camino de la resurrección, humillando al autor de la muerte: habeis dado á los que os temen el signo de vuestra santa cruz, para confundir á este enemigo irreconciliable, y poner á salvo nuestra vida. Dios eterno, á quien he pertenecido desde el vientre de mi madre, á quien he amado con todo

el afecto de mi corazón, y á quién he consagrado desde mi infancia mi cuerpo y mi alma, dadme un ángel de luz que me conduzca al seno de los santos Padres, al lugar del refrigerio y del descanso. Vos que perdonasteis á uno de los que fueron crucificados á vuestro lado, por haber acudido á vuestra misericordia, acordaos, os ruego, de mí en vuestro reino, porque yo también he crucificado mi carne con Vos, y he sido enclavada por los clavos del temor con que he mirado vuestros juicios. Que no me separe de vuestros elegidos un caos espantoso: que el espíritu envidioso del bién de los hombres no me impida ir á Vos: que mis faltas se borren á vuestros ojos, y puesto que teneis el soberano poder de perdonar los pecados de los hombres, perdonadme los que me ha hecho cometer la fragilidad humana en mis acciones, en mis palabras y pensamientos, para que, al abandonar mi alma este cuerpo, se halle purificada de todas sus faltas, y la recibais en vuestras manos como un perfume de suavidad ante vuestra presencia. »

« Despues de este coloquio amoroso con Jesucristo, hizo la señal de la cruz sobre sus ojos, sobre su boca y sobre su corazón, y habiéndole secado la lengua el ardor de la fiebre, no pudimos comprender que continuaba orando sino por el movimiento de sus manos y de sus labios. Cerró los ojos, y acercándosele una luz, los abrió, y dió á entender que quería decir vísperas; pero faltándole la voz, las decía mentalmente, moviendo como ántes las manos y los labios, comprendimos que las había terminado, porque llevando su mano al rostro, hizo la señal de la cruz. Por último, lanzando un largo y prolongado suspiro, concluyó su vida al mismo tiempo que su oración. Viendo que era cadáver, y recordando que en nuestra primera entrevista me había pedido que le cerrase los ojos y la boca, levanté mi mano lánguida por el dolor, pero sóla-

mente para cumplir mi palabra, pues sus ojos y sus labios estaban cerrado, cual si estuviese profundamente dormida, más bién que muerta. Su cuerpo había quedado en una posición la más modesta. » Tal es la relación, que hace san Gregorio de Nisa, como testigo ocular, de la muerte de su hermana.

Sus religiosas, que hasta entónces habían ocultado su dolor en lo más profundo de sus corazones por respeto á su superiora, no pudieron ocultarlo más tiempo, y se desahogaron con lamentos, suspiros y lágrimas. El mismo san Gregorio, á pesar de su resolución de permanecer firme, no pudo ménos de unir sus lágrimas á las de aquella desconsolada comunidad; pero habiéndose repuesto algún tanto, dijo en alta voz á aquella asamblea respetable de vírgenes: Fijad vuestros ojos en el motivo de vuestro dolor, y acordaos de las instrucciones que os ha dado para conducirnos á la perfección. No os permitía llorar más que en la oración, y esto debemos hacer ahora sustituyendo los salmos por las lágrimas. Despues les rogó que pasasen á un lugar inmediato, quedando sólomente algunas para que velasen el cadáver.

Vestiana, señora muy respetable, que, despues de haber perdido á su marido con el cual estuvo desposada muy poco tiempo, había escogido á la Santa, para que la dirigiese por los caminos de la perfección, y que pasaba la mayor parte del tiempo al lado de estas vírgenes, fué una de las que quedaron al lado de la Santa. San Gregorio se dirigió á ella, preguntándole si podría proporcionar algunos vestidos preciosos con que amortajarla, y le respondió que esto se oponía á los deseos de la difunta. Una vírgen, llamada Lampadia, muy instruida en el canto, de que estaba encargada, dijo también entre sollozos, que su superiora no había querido durante su vida, ni quería para supultura otro ornato que la pureza de sus acciones, porque

siempre despreció los adornos corporales. Además, que aún cuando se quisiese, no podía ponerse otro hábito que el que tenía puesto.

« Pero ¿ no hay, replicó san Gregorio, ninguno otro reservado? — Hé aquí, dijo Lampadia, su manto, su velo, y su calzado: todo está muy usado: estos son todas sus riquezas y todos sus muebles, y nada hay reservado en los cofres: pues había escogido el cielo para poner en él todos sus tesoros en seguridad, y nada tenía en la tierra. »

De esto se deduce cuán grande era la pobreza y el desprendimiento de esta santa virgen, que puede servir de perfectísimo modelo á todas las que profesan la vida religiosa. Un velo, un hábito, un manto, un calzado usado, constituían todo el moviliario de esta santa esposa de Jesucristo. Pero cuanto más desprendida estaba de los bienes de la tierra, tanto más rica era en los celestiales. Sin embargo, san Gregorio preguntó á Lampadia, si estaría mal visto que se empleasen estas prendas en adornar su cuerpo para los funerales. Creo, contestó, que si ella viviese, tendría dos razones para no oponerse: primera vuestra dignidad de obispo, á la cual profesó siempre grandísimo respeto: segunda los vínculos de sangre que os unen, y que no la permitirían oponerse á vuestra voluntad.

Estas dos razones decidieron al obispo san Gregorio, y ordenó á uno de sus familiares que trajese una de sus túnicas para cubrir el santo cuerpo. Las piadosa Vestiana que ayudaba á vestirla, puso la mano sobre su cabeza, y sacó un cordón, del cual pendían una cruz y un anillo de hierro que la difunta llevaba sobre su corazón, y los presentó á san Gregorio. Dividámoslo, dijo éste; tomad la cruz, y yo me quedo con el anillo — Habeis hecho una buena elección, dijo Vestiana, porque el anillo tiene un trozo de la verdadera cruz.

La virgen Lampadia propuso á san Gregorio que se

cubriese el cadáver con un manto que se conservaba de su santa madre. Aprobólo el Santo, y por un efecto de la divina Providencia, el negro color del manto realzó de manera extraordinaria la singular belleza de la santa virgen. Su rostro, dice san Gregorio, apareció tan radiante de luz, que parecía, como me se había representado en una visión, que salían rayos de deslumbradora claridad.

La noticia de la muerte de la Santa atrajo al monasterio extraordinaria concurrencia, y san Gregorio dispuso los funerales, que se celebraron con gran solemnidad.

Araxo, obispo de la diócesis, asistió con todo su clero, llevando el féretro juntamente con san Gregorio de Nisa y con otros dos eclesiásticos distinguidos, llevando los demás cirios encendidos. Era tan grande la concurrencia, que se empleó casi todo el dia en el camino, aunque se salió muy de mañana, y sólo distaba el monasterio una milla de la iglesia de los Mártires. Despues de celebradas las exequias, se depositó el cadáver en el sepulcro de sus padres.

Asegura san Gregorio que recibió el don de milagros, y entre otros el de arrojar los demonios de los cuerpos de los energúmenos, de curar á los enfermos, y de predecir con certeza las cosas futuras. Refiere en particular la curación prodigiosa de la hija de uno de sus parientes, que mandaba las tropas en la ciudad de Sebaste. Se cree que la muerte de santa Macrina ocurrió un año despues de la de san Basilio, ó sea, á fines del 379. Los griegos celebran su fiesta el 19 de julio, así como el Martirologio Romano, por más que su muerte tuvo lugar en noviembre ó diciembre. San Gregorio de Nisa, su hermano, escribió su vida, que la dirigió á Olimpo, solitario, que se la había pedido.

Hemos dicho que nada sabemos en particular de las demás hermanas de santa Macrina; pero san Gregorio Nacienceno dice en general, que todos los hijos de santa Eme-

lia llegaron á una virtud eminente, tanto los que siguieron el estado del matrimonio, como los que fueron elevados al sacerdocio, ó abrazaron la virginidad.

NOCRACIO, SAN GREGORIO DE NISA Y SAN PEDRO DE SEBASTE, HERMANOS DE SAN BASILIO (1)

El primero de los hijos de santa Emelia despues de san Basilio fué Nocracio, que debió nacer hacia el año 330. Santa Macrina, su hermana, le profesaba especial cariño, y merecía efectivamente que todo el mundo le apreciase, pues se hallaba adornado de todas aquellas cualidades de cuerpo y de espíritu, que pueden hacer estimable á un hombre y elevarle á los más distinguidos empleos. No tenía más que veintidos años, cuando llenó de admiración á todos los que le oyeron en un discurso de arrebatadora elocuencia.

Pero más impresionado de la gracia que de todas las ventajas que pudiera proporcionarle el mundo, lo dejó para abrazar una vida pobre y solitaria, á la que no llevó otra cosa que á sí mismo.

Crisafo, uno de sus criados, que no sentía ménos inclinación á este género de vida, le siguió. En compañía de éste se retiró, pues, á tres jornadas del monasterio de su madre y de su hermana, á una colina que encontró á lo largo del Iris, y próxima á un espeso bosque. Este lugar, dice san Gregorio de Nisa, le pareció muy adecuado para vivir léjos del ruido de la guerra, del tumulto de las ciudades, de las agitaciones de la corte y de las inquietudes y falso brillo del

¹ S. Gregorio de Nisa, Paladio, Rufino, Teodoreto y Tillemont.

foro. Unía el ejercicio de la caridad con el reposo del retiro: pues habiendo encontrado en este paraje á dos ancianos, tan pobres como enfermos, quiso asistirlos y servirlos con sus propias manos. Los sustentaba con lo que podía recoger de la caza, pues era muy buen tirador, y domaba la carne con este ejercicio: de modo que á un mismo tiempo practicaba la caridad y la penitencia. San Gregorio de Nisa añade á estas dos virtudes la de una perfecta sumisión á la voluntad de su madre, que ejecutaba con sumo gozo, tanto para cumplir el precepto divino, como para manifestarle su extremado cariño.

Cinco años pasó de esta manera, hasta que un dia, en que había salido de cacería, se le encontró muerto juntamente con Crisafo, por un accidente que san Gregorio no refiere. Bulteau dice que fueron asesinados por unos malvados, Santa Eumelia, su madre, tuvo necesidad de toda la fuerza de su virtud, para sobrellevar este golpe tan inesperado como terrible. Al tener noticia de él, cayó desmayada perdiendo la palabra y el conocimiento; pero su santa hija Macrina la consoló, sobreponiéndose á su aflição con heroica paciencia. La muerte de Nocracio debió acaecer hacia el año 357.

San Gregorio de Nisa, así llamado porque fué obispo de esta ciudad, puede considerarse ménos como solitario, que como hermano de san Basilio: pues no puede decirse que abrazó la vida monástica, sino sólomente que practicó durante algún tiempo sus ejercicios en el monasterio de este santo Doctor. Como era más jóven que Nocracio, no pudo nacer ántes del año 331. Su disposición para la elocuencia le hizo digno de sus hermanos, todos los cuales sobresalieron en este arte. Esto hace que Rufino le ignale en elocuencia y doctrina á san Basilio: que san Sofronio de Jerusalem le llame rio de elocuencia, y que otros escritores eclesiásticos le tributen grandes elogios.